REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 9 DE ENERO DE 1922 | Nº 20

CABOS SUELTOS

Al Editor del "Repertorio"

LE ayudo con notas editoriales, porque Ud. lo quiere; pero cada vez siento más grande la necesidad de no mezclarme en tantas pequeñeces. Se apocan los ánimos, ¿qué pasa en ese país? Las finanzas están abandonadas. Se cree que sólo el empréstito puede resolver las cuestiones pendientes. Esos pueblos entregarán su independencia a sus acreedores. No hay aun el concepto de que la riqueza pública es la suma de la riqueza de los ciudadanos. Los grandes países actúan de conformidad con ese criterio y por ello contribuyen los ciudadanos en la medida de sus recursos al sostenimiento del gobierno y al pago de sus deudas. En Costa Rica sólo se piensa en sacar del Estado cuanto se puede sin detenerse a considerar las fuentes de donde deberá salir el pago de todo ello. Los tribunales condenan sistemáticamente al Estado. Es una cobardía. ¿Y el profesorado dónde está? Otra cobardía, la de siempre. ¿Y la reacción clerical? No, no. Hasta aquí me llega un olor de cementerio, y no de cipreses.

Oyese una queja:

«EL país no cambia». ¡Pues qué! Si los estados no cambian en virtudes sus vicios, ni su decadencia se convierte en renacimiento porque cambien los hombres que dirigen sus destinos! Las libertades han existido en Costa Rica cuando los González Víquez y los Ricardo Jiménez han sido los entendimientos dirigentes. Las instituciones políticas han adelantado por ellos. El pueblo ha sido siempre pasivo. La burguesía, ignorante y celosa de los triunfos de los suyos. La opinión pública no existe, sino como murmuración en cuatro esquinas de la capital y en dos o tres parques provincianos. La prensa generalmente ciega hace causa común con la ignorancia o con los intereses que mejor la pagan. Cuando surge un diario realmente independiente los enemigos de la opinión pública, que son esos mismos intereses y la ignorante burguesía, boicotean el periódico, el cual muere o se entrega. La Escuela trabaja; pero su obra la corrompen el hogar y la política. Una campaña política como la presente en Costa Rica destruye la labor educacional de la generación que ahora se halla entre los quince y los veinte años. El apocamiento de los caracteres es evidente. La pequeñez de la visión asombra. Los poderes públicos deberían comprender que en el estado de evolución en que se hallan esos países las más importantes funciones suyas son las de educar las masas, las de camisa y las de levita. Gobernar es educar, crear ideales, promover bienestar material, dar salud. Gobernar es sacar un pueblo del abatimiento moral en que se encuentra para conducirle hacia una más avanzada etapa de su desarrollo posible.

Decir que Costa Rica ha alcanzado su mayor edad porque tiene un siglo de existencia como sediciente república es un error. No es la edad la que confiere la mayoría; es el desarrollo interno. Las leyes fijan ciertas edades por presunción y por comodidad. Lo que importa es el desenvolvimiento intelectual y espiritual. Después de 700 años de lucha, ahora no más ha creído Inglaterra que era Irlanda apta para el gobierno autónomo, y todavía no lo cree de la India!

¿Es esto predicar la tiránica subordinación de los pueblos a sus gobernantes? No. Es declarar que los gobernantes no pueden hacer caso omiso de sus funciones de educadores.

Salud y música

UN pueblo como San Ramón se siente halagado porque le den música. ¿Han construido los caños de la población, han embellecido las calles polvorientas, han mejorado su biblioteca dotándola de local propio, de libros abundantes? ¿Han dotado su mercado de mesas, cajas, estantes, para evitar que las verduras, las frutas y muchas otras mercaderías se pongan sobre el suelo? ¿Han saneado solares? ¿Han hecho del cerro vecino uno de los más bellos parques de la nación —como es posible—imitando situaciones semejantes en otras ciudades del mundo? La música de Orfeo sirvió para formar los caracteres del pueblo helénico. La belleza de sus cuerpos, la euritmia de sus edificios públicos, la armonía de sus tragedias y de sus odas, de sus estatuas y sus fiestas, de sus danzas y de sus cantos debiéronse a la música creadora de Orfeo. Pero en las ciudades modernas la civilización exige ante todo la salud de los seres humanos. No achiquen sus demandas. Que se sienta en lo que se pide la grandeza del ánimo de quien pide. Sobre todo, si es un pueblo el que pide.

Revolución paraguaya

FUÉ incruenta la revolución paraguaya. El Doctor Gondra renunció a la Presidencia cuando comprendió que cualquiera otro camino era peligroso para la paz nacional. Puede que el cultísimo Doctor Gondra salga de su país para volver a los Estados Unidos en donde tanta amistades tiene. Quizá explique en Montevideo o Buenos Aires los detalles de un movimiento que le aleja de la Presidencia que la República entera le ofreció, siendo él Ministro en Washington. Pero jamás se le verá inspirar o escribir contra las personalidades prominentes ni las instituciones ni los tribunales de su patria ante un público extranjero. Aquella hombría de bien, aquella serenidad pacífica de su rostro mantendrán la misma dignidad plácida que yo le conocí en 1919, cuando en pláticas filológicas y literarias nos entretuvimos más de una vez en la ciudad de Nueva York, antes de que el ilustre hombre de estado y de letras asentase su residencia en Washington. Este hombre había sido ya Presidente del Paraguay. Se le llevó de nuevo a la Presidencia por sus grandes merecimientos y por su cultura, así en materias de negocios públicos como de letras y ciencias. Quizá mientras estas mal olientes democracias agiten las pasiones bajas del hombre, no podrán gobernar con éxito los mejores. Hay que esperar la vuelta del péndulo.

Papeletas oficiales

Sancta Simplicitas! Suponer que las papeletas oficiales han de ir firmadas por el Presidente de la República! Si ésas se confeccionan en los ministerios de Guerra y de Gobernación o en las gobernaciones con el asenti-

miento de los superiores inmediatos! Si a veces el Presidente recibe la sorpresa con la elección del amigo o del enemigo! Contra la papeleta oficial no hay otro remedio que la fuerza de la opinión pública y el recurso del voto secreto. Esto es, un pueblo distinto!

R. BRENES MESÉN

Syracuse, N. Y., XII-1921.

Si no se quiere perecer...

POR ANATOLE FRANCE

HERIBERTO G. WELLS—a menos que no sea Swift de regreso a este mundo—contó, hace unos doce años, que algunos habitantes de nuestro planeta llegaron a la luna y conversaron con el jefe de los selenitas. A este personaje parecía no faltarle buen sentido: preguntó a los viajeros cómo se comportaban los habitantes de la tierra y cómo era su forma de gobierno. Están, respondió uno de los visitantes, divididos en Estados independientes, pequeños y grandes, y todos inspirados por un ardiente patriotismo, que es la pasión dominante en la tierra.—¿No dice Ud., preguntó el jefe selenita, que esos Estados están independientes unos de otros? ¿Cuál es entonces el tribunal que juzga los litigios que se suceden entre ellos?—No hay ninguno, respondió el habitante de la tierra; el orgullo de los Estados no podría soportarlo. Cuando alguno de ellos se siente dañado u ofendido, recurre a las armas para sostener su derecho o vengar su honor.

Oyendo esta respuesta, el gran jefe de los selenitas miró a sus huéspedes con una sorpresa llena de terror y, sin dirigirles la palabra, los hizo encerrar como a locos de la más peligrosa especie.

No son precisas largas reflexiones para adivinar los efectos de semejante sistema.

Vemos esos efectos y sin embargo, no parecemos preocuparnos de ellos. Tan lejos como nuestros conocimientos puedan conducirnos, las antiguas civilizaciones que han crecido en la tierra, en Asia, en Africa, en Europa, han vivido de la guerra y en ella han perecido; se puede preveer que las civilizaciones actuales tendrán la misma suerte. Y no hacemos nada para evitar el fin hacia el cual la humanidad entera tiende.

La Sociedad de las Naciones, constituida después de la más terrible de las guerras, no puede ni quiere asegurar la paz. No ha sido hecha para ello: ha sido creada sin riqueza, sin poder, sin independencia. Está más bien destinada a mantener el espíritu de la guerra. Es semejante a los Estados que la han creado y éstos son belicosos. Una sociedad pacífica de naciones es, actualmente, imposible. La guerra ha dado a las naciones su forma, su espíritu, su función. No creen ni esperan sino en la guerra. Una sociedad pacífica de naciones no sería una sociedad de naciones.

La conferencia a que el Presidente de los Estados Unidos ha convocado a varias potencias de Europa y Asia y que tiene en su programa la limitación de los armamentos, no puede darnos ningún cambio; cuando escribo esto, apenas acaba de inaugurarse; pero no es preciso ser profeta para predecir a dónde llegará. Los Estados de Europa y Asia dirán que querrían el desarme, pero que el cuidado de su seguridad les impide hacerlo; Norte América dirá que, a ejemplo de tales Estados, no puede seriamente renunciar a sus fuerzas navales. No ha imaginado esta conferencia sino para poder construir, en forma un tanto justificada, la más grande flota del mundo y así combatir al Japón, a pesar de Inglaterra, y apoderarse de la China.

Las naciones de ambos mundos rechazarían fuertemente, con indignación, la idea de someter sus litigios a un tribunal si, cosa imposible, esta idea les fuera propuesta. La civilización europea es militar desde su formación. El Estado feudal no confiaba su derecho sino a la espada. Las conquistas de la democracia en Francia y los países vecinos están plenas del espíritu militar, que se ha convertido en religión. Los progresos enormes alcanzados por la industria desde hace algunos años han creado nuevas razones para emplear los fusiles y los cañones. En cada gran Estado, fabricantes y comerciantes protegen la guerra para enriquecerse y, cuando lo han obtenido, la prolongan indefinidamente, aumentando al mismo tiempo los beneficios que de ella sacan. Los obreros, a quienes aumentan el salario, están contentos. Los generales, haciendo campañas, obtienen honores y provecho. Y en cuanto a los soldados, se les hace creer fácilmente que luchan por la patria. Los industriales, no contentos de haber retardado más allá de lo posible la paz que pone fin a sus ganancias, se convienen con los políticos para hacer aún la guerra, cuando la paz se ha cimentado. Es así como Inglaterra ha conquistado Mesopotania y ocupado Constantinopla, después de haber cesado las hostilidades. Es así como la Francia, al mismo tiempo, ha ocupado la Siria y hecho, por procuración, varias expediciones contra la Rusia de los Soviets, que han sido fecundas en desastres para el agresor.

¿Cómo podéis pensar, cuando el planeta entero tiende hacia esa locura, que se podrá instituir un tribunal, un poder de armonía, anfictionías que conduzcan sus habitantes a la razón? Es del todo imposible.

¿Del todo imposible ahora? Pero, ¿será así siempre? Los hechos que se han producido desde hace algunos años podrán traer los más grandes cambios en las ideas y las costumbres del viejo mundo. La guerra que, a veces, da riquezas a los pueblos, les da también cualquier día la ruina y la muerte. Y vemos los ejemplos en la historia. Podríamos ver nuevos ejemplos que nos interesan inmediatamente. No es imposible que la gran llamarada que ha desolado a Europa, no es imposible que la paz que ha seguido a la guerra y que no fué sino su prolongación, no hayan traído a las viejas civilizaciones de la Europa golpes tan fuertes, como no los sospechaba nuestra ignorancia y nuestra ligereza. Se comienza a cosechar la profundidad del mal. Inglaterra, gran comerciante, en el momento en que aumenta desmesuradamente sus establecimientos, sufre una decadencia en su comercio y una crisis de *chomage* de la que no ve el fin; Alemania, arrinconada en la bancarrota, arrastra en su ruina a Francia, abrumada por 325 mil millones de deudas. Italia sufre. Rusia muere de hambre; Austria está muerta. Estados Unidos mismos ven con sorpresa, empeorarse sus

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	4-00 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

negocios. Y las naciones, en toda la extensión del mundo, salen de sus ensueños ambiciosos, sacudidas por un malestar desconocido. Esta inmensa y terrible lección no se ha comprendido aun. Pero vendrá un día en que se hará oir. Las mentiras de los periódicos y las palabras falsas de los jefes de gobierno no ahogarán por siempre esta voz terrible que ya grita sobre toda la amplitud del mundo: Europa se muere; la guerra la ha asesinado.

Los pueblos comprenderán por fin y si no quieren perecer, importará que se unan y que, despojándose de su orgullo y vanidad, se sometan a las decisiones de un tribunal de paz.

(Clarté, París. *Trad. y envío de* Napoleón Pacheco).

La enseñanza utilitarista

Por C. PICADO T.

En los Proceedings de la Asociación Médica de la Zona del Canal de Panamá publicados en este año, encontramos la exposición de un método «curativo» empleado allí para combatir la gonococcia en las mujeres públicas. El método consiste en la extirpación del aparato uterino y sus anexos... una simple castración, tal como se lleva a cabo en los rebaños de rumiantes. Este caso, de ayer, como si dijéramos, nos da clara idea de la «audacia» con que los norte americanos emprenden innovaciones aunque vaya en ello la vida de muchas gentes. No creemos que sea la mala fe la que guíe en la ejecución de estos atentados, pues entonces no los publicarían, como hacen con otras cosas. Es, suponemos, la manía de innovar en cualquier sentido que sea.

Nuestra enseñanza pública ha sufrido la nefasta influencia del afán yankee de innovar... de cualquier manera.

Unas de estas innovaciones son las que tienden a la supresión de textos, a reducir los apuntes, a suprimir las calificaciones, a graduar clases íntegras, etc., etc.

Es de todos palpada la falta de voluntad por instruirse que se nota en las actuales generaciones de estudiantes. Los liceistas no quieren ya ni un cuaderno de apuntes de tamaño normal, sino libretas microscópicas que puedan hacer desaparecer en el fondo de sus bolsillos, para que no les «estorben» una vez salidos del plantel. Cuando quieren leer, es algo erótico. A nuestra Biblioteca Nacional van a pedir las obras de Felipe Trigo... jamás una de tantas obras maestras de la ciencia recreativa y admirable.

Muchas son de seguro las causas que influyen en esto, pero hay una, principal enemigo que debemos combatir, y es *la enseñanza utilitarista*. Los padres contribuyen más que nadie a esta perversión de la instrucción; quieren que enseñen a sus hijos algo inmediatamente útil, algo que pueda cuanto antes ser cambiado por dinero. Lo demás es tiempo perdido. Esta creencia será la ruina de nuestra escasa cultura ganada con el esfuerzo de nuestros padres y abuelos.

Con el objeto de demostrar cómo son útiles los conocimientos, al parecer inútiles, de Ciencias biológicas, voy a relatar los provechos más notables obtenidos en estos últimos tiempos, gracias a nociones, al parecer, perfectamente inútiles:

I.—*La Civilización del Africa antigua y los huesos del oído.*

Sabido es que en el oído de los peces se encuentran «otolitos», huesos parecidos por su forma a las hachas de silex empleadas por el hombre prehistórico. Ahora bien, explorando el Africa Central fueron encontrados grandes depósitos de estos huesos del oído; eran grandes, debían pues de haber pertenecido a peces grandes; no eran fósiles, debían por lo tanto provenir de tiempos relativamente recientes. Formaban como caminos cada vez a nivel más alto. *Estos caminos sembrados de otolitos eran el lecho desecado de los antiguos afluentes del Nilo, padre del Egipto.* El saber reconocer los otolitos de los peces permitió este descubrimiento.

II.—*Mina de cal y cangrejos.*

En una región de Francia tenida como carente de yacimientos de cal, fué encontrado un riachuelo poblado por cangrejos. El observador sabía que estos crustáceos para crecer necesitan mudar su caparazón y que la nueva piel necesita endurecerse con calcáreos del agua. Si allí vivían cangrejos, debía haber cal en el agua, y por consecuencia algún yacimiento cercano. Lo busca remontando el riachuelo y *encuentra una mina de cal.*

He aquí como el conocimiento de la historia de las mudas de los crustáceos sirve para encontrar una mina.

III.—*Estudiando zorras para hacer capital.*

Bien saben las mujeres del trópico que los animales, que viven también en el trópico, no necesitan pelaje copioso, que más bien les sería nocivo y que cuando ellas sienten la necesidad de temperar los rigores de nuestro clima, tienen que buscar las pieles de los animales que viven en las zonas frías, donde hay hielo. Las zorras son los animales mas perseguidos, sobre todo la «zorra plateada», cuya piel alcanza un valor que sube a veces hasta $ 2,000. Es decir, unos ₡ 9,000 al cambio actual.

Un cazador de la isla del Príncipe Eduardo tuvo la idea de intentar la reproducción en cantidad de estos animales. Para ello se dedicó pacientemente durante largo tiempo a estudiar las costumbres de las otras especies menos raras. Cuando ya conocía los hábitos generales al grupo y los propios a las especies más próximas, intentó la reproducción de la «zorra plateada»; el éxito fué completo y pudo vender pieles aun más caras que las provenientes de animales salvajes. Así labró su fortuna, estudiando costumbres de las zorras.

IV.—*El «Plankton» marino y las minas errantes.*

Alberto I, Príncipe de Mónaco, es uno de los potentados de la tierra que mejor han sabido gastar sus dineros. Su estudio favorito ha sido el del oceano, cuna de la vida. El estudio del «Plankton», nombre con que se designa el conjunto de millones de miles de millones de animales y algas microscópicas, o casi tales, que viven flotando en la superficie del océano, es de capital importancia, pues siendo esta masa de animalitos y algas la que nutre, a fin de cuentas, los habitantes de los mares, de su distribución depende la de los peces y cetáceos.

Estudiando la distribución del «Plankton» en los diversos mares y en las diversas épocas, el príncipe de Mónaco fué conducido a levantar cartas de las corrientes marinas de las cuales dependía. Vino la gran guerra, sembráronse los mares de minas errantes que pusieron en peligro los barcos enemigos, los neutrales y los propios barcos. El príncipe de Mónaco acor-

dóse de sus cartas de corrientes y con ellas pudo indicar las diversas rutas seguidas por los aparatos de muerte; fué posible buscarlas, destruirlas y salvar así muchas vidas e intereses, gracias al estudio anterior sobre la distribución del «Plankton».

V.—*El cultivo de las perlas*

ESTUDIANDO los gusanos parásitos de las ostras, se encontró que uno de ellos provocaba la secreción de nácar en la madre perla, y que el gusanillo está envuelto en capas concéntricas de nacar que constituyen la perla, sirviendo como núcleo el gusano parásito.

En otras conchas se encontraron hasta peces recubiertos de nácar. Los chinos, introduciendo entre el manto de la ostra y la concha estatuillas de Buda, las vieron recubrirse de nácar. La formación de las perlas pasó así a ser considerada como un proceso de defensa de parte de la ostra contra la intromisión de cuerpos extraños. ¿Debía el núcleo de las perlas estar siempre constituido por el gusanito parásito, o podía substituirse por un cuerpo incierto? Las pruebas mostraron que sí. Solamente que los rayos X y otros procedimientos físicos permitían sin destruir la perla poner de manifiesto su núcleo heterogéneo.

Ahora bien, un sabio japonés tuvo la idea de introducir en la ostra núcleos de «verdadera perla». Vió luego estos núcleos aumentar de volumen y convertirse en perlas de gran valor, que a la hora actual constituyen las «perlas japonesas», que se han convertido en la pesadilla de los joyeros que no pueden distinguirlas de las «perlas naturales».

Un collar de perlas, un buen collar de perlas que no podría comprarlo el más adinerado entre nosotros!

Ah! si el profesor de Biología economizase a sus alumnos la fastidiosa historia del gusanillo parásito, del enquistamiento, de la anatomía y la defensa de la ostra, y enseñase a su alumnos nada más... nada más que a fabricar perlas!

(Envío del Autor).

LOS BUSCADORES DE MUERTOS

POR TOMÁS BORRÁS

REFUGIADOS en la plaza, detrás de la línea de fortines y de posiciones, al amparo de las púas de las alambradas, mirando hacia el campo, propiedad hoy de los moros, están los buscadores de muertos. Son siluetas enlutadas, de rostro cejijunto y ojos enrojecidos. Los padres y las madres de los muertos.

Después de Annual—la Pavía de Marruecos, pero sin frase célebre—han llegado algunos soldados vivos a la población. Ningún muerto ha sido conducido por brazos fraternales, ni con el honor que se le debe a la Muerte, ni siquiera cruzados sobre un mulo con los brazos atados a las piernas por debajo de la barriga del mulo, como se conduce a los muertos, cuando los muertos no son más que «bajas».

Todos se quedaron allí, de las púas de las alambradas hasta Abarán—ciento treinta kilómetros—revueltos con el polvo superficial de la tierra, a merced de los perros, a merced del sol, más hiriente que ningún arma, a merced de los rifeños, cercenadores y mofadores de cadáveres. Allí están los ingenieros y los obreros de las minas; los oficiales que se suicidaron—elegancia de la desesperación—, las mujeres de las cantinas y de los guardias civiles, con los pechos cortados; los soldados asesinados a mansalva por los desertores de la Policía indígena; los Regulares, caídos lealmente; muchos miles de muertos, un reguero de ciento treinta kilómetros. Todos pudriéndose al aire libre, sin la paz que da la tierra honda, salvo ese niño que enterraron vivo en Nador a presencia de sus padres.

La verdad oficial ignora todo esto. La verdad oficial dice «Desaparecido». Cuando acude un viejo tembloroso o una señora dignificada por su velo negro, a su pregunta responde la verdad oficial: «Desaparecido».

Ellos saben que «Desaparecido» quiere decir «Muerto». Pero ¿dónde está él, hijo o esposo? Salen las siluetas enlutadas a lo más adelante y se ponen a mirar hacia allá, como si esperasen ver venir su muerto, espectro profanado, para que lo acogiesen los brazos de los suyos y le curasen esa última herida que se le puede hacer al que no vive, que es despreciarle.

No viene, no se sabe de él. ¿Cómo murió? ¿Hacia qué lado yacerá? ¿Solo? ¿Con sus hermanos de armas? Esos padres y esas esposas se ponen a buscarlos.

Como un hombre al cual se le cayó una perla en el mar, llaman a un buzo experto en las corrientes y en los fondos. Parlamentan con un moro de la plaza, con un moro amigo; le hablan, le suplican, le lloran, le dan todo su dinero. El moro, con un nombre escrito en un papel sale misteriosamente de Melilla.

Pasan unos días de espera. Los buscadores de muertos sienten que cierta idea, como una lucecita bajo una bóveda oscura, comienza a destellar claridad y se debate contra la espesa sombra «¿Y si vive? ¿Y si está prisionero?» Esperan al moro amigo cansando los nervios a fuerza de mirar, a fuerza de andar; combatiendo la amargura a fuerza de esperanza.

El moro amigo vuelve. No se sabe. No se le encuentra. Necesita más datos: regimiento, compañía, posición, día de la muerte.

Los buscadores inquieren entre los soldados. Recorren campamentos y cuarteles. Por fin hay un soldado de su sección, el único que ha quedado de ella en uno de los fuertes exteriores. El soldado se ve de pronto rodeado, halagado, acariciado por los buscadores: come con ellos, le llevan en coche, le regalan con banquetes, le equipan. A cambio de todo eso—¡por favor!—un solo detalle.

El soldado no puede decir nada; hacían mucho fuego; el oficial les animaba; al salir de la posición los moros se echaron encima; eran miles; perdió de vista al teniente...

El moro amigo vuelve al campo propiedad hoy de los moros. Ya se sabe que vivía cuando se perdió Dar-Drius, o Arruit, o Igueriber. El también se convierte en un buscador de muertos y revuelve las carroñas desechas, a ver si un dato cualquiera, un número, una medalla, le enseñan quién es aquel resto de hombre. Vanamente. Todos han sido desnudados de todo, hasta de los ojos.

Al volver, bajo la blanca capucha de la yii-la-ba, insinúan su sonrisa diplomática y blanca. No le encuentran, no saben, devuelven el papel, se van con la ganancia.

No desesperan las madres, las viudas, los ancianos.—«Me dice el corazón que está vivo»—aseguran todos. Aquella lucecita débil asolea ya su alma. Está vivo para ellos. Dejan de buscarle. Ahora solamente le esperan.

Cuando el avance llegue hasta la última posición, se le encontrará en el camino; quizás logre escaparse antes. Esperan, esperan los buscadores de muertos.

Estarán aquí toda la campaña. No se quitan el luto por timidez social y por lo que tiene de significado de dolor. Su dolor es la tardanza. ¡Que se avance pronto! Animan a los generales, les rodean, les alientan febriles. Las tardes de combate, al regresar, ya caído el sol, están esperando a las fuerzas en la posición más avanzada. Apenas llegan los que se han batido, les preguntan:

—¿Han muerto muchos? ¿Habéis matado muchos?

—Sí; hemos matado muchos—les contestan los soldados.

Entonces se ilumina su rostro, desahogan con un suspiro su terrible alegría. ¡Matar, exterminar! Es la única agua que refresca el ardor de los buscadores de muertos.

Melilla, agosto.

(El Sol. Madrid).

Arroyuelo misterioso
que simulas su cantar,
sobre tus aguas mis penas
bogando se van al mar.

DEL FOLK-LORE COSTARRICENSE

LA VIUDITA

(JUEGO INFANTIL)

—Yo soy la viudita
del Conde Laurel,
me quiero casar
y no hallo con quien.

—Pues si eres tan bella
que no hallas con quien,
escoge a tu gusto
que aquí hay más de cien.

—Escojo a Cristina
por ser la más bella,
la blanca azucena
del puro jazmín.

—Casate conmigo
que yo te daré,
zapatos y medias
color de café.

—La niña y la rosa
se van a casar,
la niña es hermosa,
la rosa también.

Escuela JULIÁN VOLIO. La Hacienda. San Ramón.

J. J. SALAS PÉREZ

POETAS COSTARRICENSES

EN VOZ BAJA

Majestuosa y bella, como el alba, pura,
en mis sueños siempre con pasión te veo,
y al mirarte, nacen a mi fantasía
alas, con que cruza por el ancho cielo.

Como los recuerdos de la edad primera,
como los capullos candorosos, albos,
como las estrellas de la noche clara
son mis pensamientos, mis anhelos castos.

Como las cadencias de la brisa leve,
como los arpegios que murmura el agua,
como los suspiros del amor, Señora,
invisible amada, son mis esperanzas.

Cruza misteriosa, por un mar de ensueño
una barca frágil con sus velas blancas,
y en la barca, bella, sensitiva amiga,
con el alma mía va bogando tu alma.

Que el Señor redima nuestro amor, Señora,
que ennoblezca siempre nuestras puras
[ansias,
y aunque nunca, nunca nos miremos, piensa
que el Amor nos une con sus alas blancas.

LA CANCION DEL PASTOR

Arroyuelo pensativo
que cantando vas tu amor,
sobre tus aguas permite
que bogue mi corazón.

Llévalo al bosque y al prado,
a la planicie y al mar,
porque con él mis ensueños
bogando también se van.

Arroyuelo fugitivo
que cruzas por su heredad,
eres feliz pues tus aguas
reflejarán su mirar.

Dile en silencio que vivo
pendiente de su querer,
que su recuerdo es mi dicha,
y mi fortuna y mi fe.

Si por acaso ha olvidado
el fuego de mi pasión,
a sus oídos murmura
los salmos de mi dolor.

VIENE DE LEJOS LA NIÑA...

Viene de lejos la niña:
por entre montes y prados,
por espantosos caminos,
viene contenta a la escuela.

Su hermanito la acompaña,
un niñito de seis años,
que es sufrido, cariñoso,
y valiente como un hombre.

Dos horas tardan los niños
para llegar a la escuela
y por eso fatigados
a la clase se presentan.

La niñita satisfecha
a su maestra entrega luego
una plana de trabajos
y sus lecciones le da.

Después toma su sombrero,
sus cuadernos, su pizarra,
y con su hermano se aleja
sonriente para su casa.

Cuántos, cuántos sacrificios
para venir a la escuela,
y en cambio allá en las ciudades
los niños se ausentan de ella!

Qué padres los de estos niños!
Cómo cumplen sus deberes!
Cómo saben que la escuela
es quien transforma a las almas!

Qué niños tan estudiosos!
Que la Patria los bendiga
pues son su mayor riqueza,
sus mejores esperanzas!

Que Dios proteja a estos niños
que al traspasar las montañas
se llevan, con mi recuerdo,
las expresiones de mi alma.

Escuela de Angeles Sur. San Ramón.



Manuel Magallanes Moure y su último libro (1)

POR SARAH HÜBNER

[«Sarah Hübner es una mujer inteligentísima e interesantísima en muchos respectos», nos dice un amigo de Chile].

SIEMPRE he considerado difícil definir las emociones. Y, desmenuzar con sentido crítico una obra de arte, no me parece tarea fácil, ni grata, ni fructífera.

Hablaré, pues, más del poeta que de su poesía. De este poeta cuyos versos deberían ser leídos como una oración, bajo la suavidad serena de la tarde, con llanto en los ojos y su corazón entre las manos.

Sucede con los versos de Magallanes, que se nos vuelven hacia dentro, y conmueven más que cualquiera otra poesía, de apariencia más intensa.

Conmueven con aquella conmoción que lleva al llanto y al silencio; con algo que para expresarse, íntegramente, tendría que traducirse en notas musicales; hondas, a veces, como la viril y trágica amargura de Beethoven; torturadas como Schumann, pero siempre fuertes y exquisitas. Hondas como he dicho, y delicadas, sin rastro artificioso, y plenas de sinceridad.

Para los que han vivido, es decir, para los que han pensado y han sentido, la personalidad de Magallanes Moure es de un valor y de un interés extraordinarios.

Sensible, de un modo completo y exquisito, Magallanes es a la vez, un pensador y un artista. Si no hubiera tenido la sensibilidad que lo caracteriza, esa sensibilidad que aparentemente lo adormece y que es concentración más que todo, Magallanes habría podido ser un filósofo, un sociólogo; quizás nunca un activo, pero sí, un

(1) *Florilegio*. Selección del autor, con prólogo de Pedro Prado. Publicado por J. García Monge. San José de Costa Rica, 1921.

hombre destinado a dirigir hombres.

No es posible haber frecuentado el trato amistoso de Magallanes Moure sin haber experimentado, como dice Prado, su influencia benéfica.

No puedo llamarlo místico, porque lo admiro demasiado, y porque Magallanes no es un místico, pero la suavidad, la bondad infinita y consciente de su naturaleza, impresionan y producen un sentimiento casi religioso.

Para las gentes que sienten la necesidad de admirar, de respetar y de querer, la personalidad de Magallanes produce reposo y despierta gratitud.

Y es tan extraordinario encontrar gentes que posean la belleza de alma que Magallanes posee, que es sensible que no le sea dado a mayor número de personas la gracia de conocerlo a fondo.

Pero, Magallanes es esencialmente un contemplativo, y su sensibilidad misma, lo aleja de todo trato banal. Es lo que con tanta verdad dice Pedro Prado, «un grande y limpio espíritu amoroso».

Pero, no puedo sin escrúpulo, clasificarlo así, sin explicar lo que yo entiendo, que significa para Magallanes, el sentimiento amoroso.

Los que han nacido como él, con la necesidad imperiosa de admirar; los que como él sienten impregnada el alma del dolor de las cosas, los que nacen sin facultades de goce, porque el goce mismo los conmueve hasta el llanto; los que comprenden, sienten y analizan, y no se sienten movidos por un Dios, buscan con el cerebro, con el corazón y con la carne ese milagro de la vida, que ellos llaman amor. Ese amor, que es todo conciencia; que es ir lejos de toda banalidad, y hacer de dos almas una sola, para amar más, para perdonar más, para albergar mayor belleza. Es, la defensa de la soledad, más que el grito de la carne.

No hay, pues, nada de pueril, como en tantos y tantos poetas, en el sentimiento, amor que mueve a Magallanes.

Y es por eso, por la grandeza misma de su propio sentir, por lo cual va solo este hombre extraordinario. Y de su soledad luminosa, de esa soledad llena de altas resonancias humanas, es de donde brota toda su poesía.

Acerquen el corazón, y sientan esto:

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía,
somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros, nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:
del color del agua del mar.
Desnuda, en ellas se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.

Me es difícil terminar este artículo sin comentar algunos aspectos más de la personalidad de Magallanes; sin hablar del pintor y del artista; pero, le dejo la tarea a espíritus más doctos, y me conformo con expresar una vez más mi admiración llena de simpatía, por nuestro gran poeta y su último libro.

(*El Mercurio*. Santiago de Chile).

Nueva York múltiple

POR JOSÉ JUAN TABLADA

La vida social de la «season» de invierno se inaugura en Nueva York con dos brillantes sucesos, el Concurso Hípico y la primera noche de Opera en el Metropolitano.

Ambos son estupendos por las enormes cantidades que acumulan en elegancia, riqueza y vanidad, cosas superfluas que nunca han parecido tan irrisorias y sarcásticas como ahora, cuando en Washington se desarrolla la grave y universal tragedia del Desarme, cuando se aproxima un invierno que han anunciado crudísimo y en todo el mundo perduran, como rastros de la Gran Guerra, cesantía y miseria...

Por eso no puede hablarse de las «Vanity Faire» del gran mundo, sin cierta sonrisa, más adolorida que burlona.

Cuando hace un siglo el caballo era el principal medio de locomoción, los concursos hípicos tenían gran utilidad, pues su fin era mejorar la raza equina. Pero hoy, en la edad de la locomotora, del automóvil y del aeroplano, los concursos hípicos, como las carreras de los hipódromos, han perdido ese noble fin y no son más que pretextos para suntuosos festivales de ostentosa elegancia, cuando no para ruinoso juego...

Hombres que no cifran su orgullo en la pureza de su propia sangre, como las viejas aristocracias, sino en la «pura sangre» de sus caballos, van allí a competir dispendiosamente, para ganar el «blue ribbon», el codiciado listón azul que confirmará la nobleza de sus caballerizas.

Muchos de sus «sportmen» o no saben o han olvidado quién fué su bisabuelo, pero en cambio pueden lucir, a falta del propio, el árbol genealógico de sus caballos y aun de sus perros, en complicados «pedigrees» que se remontan a muchas generaciones...

No hay para qué decir que con las sumas que se dedican al mantenimiento de esas cabellerizas y de esos caballos nobilísimos, se podría redimir a una legión de seres humanos que viven en absoluta miseria espiritual y corporal, que no tiene ni pan ni abrigo y que vagando en el tenebroso corazón de estas noches ya invernales, deben envidiar la suerte de los perros falderos y de las caballerías de «pura sangre»...

EN cuanto a las mujeres que aun siendo, como aquí lo son, casi supermujeres, jamás fijan su espíritu, versátil en el amargo cáliz de los pensamientos trascendentales, van al Concurso Hípico a lucir sus pieles recién sacadas del «storage», sus sombreros modelos de París, o simplemente a hacer acto de presencia en esa gran parada de la humana vanagloria, que huele a estiércol y a perfumes de Caron.

Y Venus Contemporánea me perdone el desacato; pero a pesar de los años transcurridos en suavizadora evolución, cómo se parece la moderna mujer de lujo a la hembra cavernaria de la Edad neolítica y qué poderoso lazo de barbarie las une aún a través de los tiempos!

Llenas de joyas ignoran sin duda que la ciencia establece una razón directa entre el salvajismo y el ornato personal... y hasta el lunar postizo en la mejilla está allí reemplazando al tatuaje!

En cuanto a las pieles y a las plumas, son los atributos bárbaros por excelencia, en las zonas templadas y los climas fríos; los despojos de los animales cazados por el jefe de la horda y arrojados a las hembras después del banquete en torno de la hoguera...

Pero si queréis más, allí tenéis a esas mujeres, danzando al compás africano de la música del «jazz» y estremeciéndose en el «shimmy», absolutamente igual, al decir de un amigo mío, explorador del Continente Negro, a cierto baile hotentote, de efectos erotogénicos, en cuyos detalles me está vedado insistir...

Y si aun dudáis, lector rómantico y adorador de la «donna angelicata», ponéos al alcance de una de estas mujeres de presa, llamadas «Vampiros», llena de pendientes y collares y disimulada bajo pieles y plumas...

Conoceréis entonces a la fría «Doncella de hierro» de las torturas medioevales; sentiréis, como el héroe de Kipling, que vuestro oro y vuestra sangre, parten en centrífuga estampida y daréis fe de que un «Vampiro», puede también ser un «sarcófago», es decir, comer carne cruda...

Al Concurso Hípico vienen también algunas mujeres a competir con sus propias cabellerizas, como la Mrs. Putman, que vino desde Londres con sus soberbios caballos de tiro, y la señora Loula Long Combs que, aspirando a varios premios, procede de la ecuestre y famosa Kansas City.

Otras damas son amazonas y caballistas, como la señorita Becky Lanier, que el primer día del concurso ganó dos premios brincando obstáculos sobre su magnífico «hunter».

Por la gran pista desfilan toda clase de caballos garañones, caballos de silla y de tiro, «ponys» y «hunters»; con guarniciones, en troncos o «tandems», o monturas para damas o militares.

Hay gran variedad de ejercicios, trote, saltos de obstáculos, «tours de force», y aun se jugaron «chukkas» de Polo. En cada uno de los torneos, los caballos favoritos o vencedores, eran aplaudidos frenéticamente.

El cuarto destinado a los trofeos y copas, un gabinete de espejos que multiplicaba los brillos de la platería, era el núcleo resplandeciente de todas las ambiciones.

Una perfecta reproducción de una fachada de la Casa de Washington, en Mount Vernon, daba acceso a los «tea-rooms»... Allí el «smart set», lo que en un tiempo se llamó, «los 400 de Mrs. Astor», las familias patricias de esta urbe plutocrática, delegaron a sus mejores representantes. Os daré algunos nombras que no suenan a hazañas, ni a heroísmos, ni a esforzadas empresas, sino a raudales de millones:

Mrs. Robert Goelet; Reginald C. Vanderbilt; Jerome N. Bonaparte; E. H. Harriman; Princesa Rospigliosi; Mrs. Lewis R. Clarke; Marquesa de Bugnano; Mrs. William Astor; August Belmont; W. du Pont; Misses Catalina y Muriel Vanderbilt; Genovieve Clandenin, etc., etc.

Suponed que esta «élite» representa fortunas personales de más de 100 millones de dólares, y que no me he dignado mencionar a la gente menuda, cuyas ridículas fortunas son de menos de cinco millones.

Al salir del Concurso Hípico (que no se celebró como de costumbre en Madison Square Garden, sino en Lexington y la calle 94) en medio de la noche lluviosa y fría que anticipa un invierno cruel, leo en un diario el encabezado de algo que acaba de ocurrir en los muelles: «Hombres hambrientos pelean como perros por un pedazo de carne...»

¡Y esto en el umbral del Concurso Hípico pletórico de riquezas y vanagloria!

Nueva York múltiple, eres en efecto la ciudad de los contrastes.

(*Excelsior*. Mexico, D. F.)

Valle Inclán

en el Instituto de las Españas, Nueva York

El profesor doctor Federico de Onís, por el Instituto de las Españas, hizo la presentación del gran estilista don Ramón del Valle Inclán. Habló de los escritores españoles, a los que se ha dado en llamar la generación del 98 y a la que pertenece el eximio autor de las «Sonatas». Examinó extensamente la situación que pudiera llamarse política de los intelectuales españoles, haciendo observaciones personales sobre el concepto de patria, y la prioridad que los intelectuales españoles tienen sobre las instituciones de gobierno.

Agregó el profesor Onís, que la juventud actual de la Península, debe toda la renovación en el arte a la labor de preparación que hicieron los escritores representativos del 98, y que todo el optimismo y el anhelo que se advierte en su producción es la consecuencia lógica de mentalidades tan acusadas como la del notable escritor que actualmente visita a los Estados Unidos.

El doctor Federico de Onís, fué aplaudido al final de su presentación.

Habla el señor Valle Inclán

Al levantarse a hablar el señor Valle Inclán, la ovación que lo saluda se prolonga durante bastante tiempo.

El admirable literato comienza agradeciendo la acogida tan afectuosa que se le dispensa y afirma que cuando se se ha desdeñado el favor oficial a trueque de no incurrir en humillaciones y servilismos en una vida larga y dedicada al trabajo, puede sentirse que se merece el respeto. En seguida hace consideraciones sobre la situación actual de los intelectuales españoles, a los que pinta obligados a buscar reconocimiento y respeto fuera de su patria, y anota que las universidades que, como la de Méjico, tratan de desenvolver el espíritu no sólo de universidades sino de religiosidad para convertirse en catedrales, han acogido siempre gratamente a los intelectuales peregrinos fuera de su patria.

El orador menciona las conferencias pronunciadas por él en Méjico, tratando sobre el problema agrario y que le merecieron acres censuras y una hostilidad que aun dura de parte de los españoles allí establecidos. Dice que el indio en Méjico, que España emancipó y a quien se concedieron después de la conquista todos los derechos del hombre libre, ha perdido ahora su libertad hasta de ser humano y sufre una situación peor que la de los esclavos que se cuidaban y atendían como mercancía que era y parte del capital del amo. Combate la política de latifundistas de Méjico, en su oposición a que se concedan al indio mejores jornales, tierras, libertad para elevarse en la vida e instrucción. Afirma que en las haciendas de Méjico no hay escuelas, no se da atención médica a los indios, no se les vacuna, no se les trata siquiera humanamente. Declara que los que lo combatieron allí encarnan el espíritu más reaccionario, enemigos de la justicia e ignorantes de las cualidades del indio mejicano, a cuya raza pertenecieron Juárez, Altamirano y el mismo general Díaz.

Al cabo de una breve pausa, anuncia el señor Valle Inclán que va a tratar de coordinar algunas ideas sobre su estética. Expuso la importancia del quietismo en el arte, cristalizando en varios ejemplos el proceso mental que se realiza ante cada acto exterior. Consideró el arte dividido en tres grandes divisiones, el pasado, el presente, y el futuro, presentando la obra de los grandes maestros españoles. Afirmó que Velázquez, decantado maestro del realismo, era el menos realista de nuestros pintores. Y que lejos de ser español en su obra era italiano, pues tenía un reposo en su arte negación

del sentido español. El Greco, en cambio, aunque italiano de origen, dejó al españolismo imponerse a su obra. Y presentó la sonrisa de la Gioconda, de Vinci, como genuino ejemplo de transición entre dos divisiones.

Definió la aristocracia y la democracia, en arte, afirmando que la primera era sinónimo de locura, en tanto que la democracia era encarnación de ponderación y mediocridad. Cristo, dijo, habría sido en nuestros días alojado en una cárcel o en un manicomio. Tuvo el señor Valle Inclán magnífica precisión de palabra, exquisita y brillante elocuencia, que salpicó constantemente de finas ironías. El gran literato examinó a grandes trazos la literatura contemporánea española, haciendo notar la personalidad admirable y renovadora de Pérez Galdós, enlazando en la historia literaria española la gloria de la época anterior a la Regencia con el período de renacimiento actual.

Una estruendosa ovación acogió las últimas palabras del admirable autor de las «Sonatas». La concurrencia numerosísima y distinguida, tributó al gran maestro español una despedida cordialísima.

(*La Prensa*, Nueva York).

LA ESCUELA-HUERTA DE NEUKÖLLN

Entre las muchas experiencias pedagógicas que se realizan actualmente para poner en contacto las escuelas urbanas con la vida y el trabajo del campo, una de las que más éxito han tenido en Alemania ha sido la de Neukölln (Berlín). Su director, A. Heyn, da cuenta de ella en la «Zeitschrift für Schulgesundheitspflege» del modo siguiente:

La escuela fué abierta por la ciudad de Neukölln en 1920, después de las vacaciones de Pascua, en un terreno de 15 fanegas de superficie. En la escuela han recibido hasta ahora enseñanza las cuatro clases superiores de seis escuelas primarias que estaban enclavadas más cerca de aquélla; las horas de clase fueron diez semanales, divididas en dos días, desde las ocho de la mañana a la una de la tarde. Las demás clases de los alumnos se dieron, como antes, en los locales de sus escuelas ordinarias, en los cuatro días restantes. En la escuela-huerta, los niños y niñas recibieron de sus profesores ordinarios, sobre todo, la enseñanza de las ciencias naturales, además de la gimnasia, los juegos y dos clases más, como, por ejemplo, geometría, historia, religión y canto. El horario de una clase se distribuyó, por lo general, conforme a este modelo: de ocho a nueve, ciencias naturales; nueve a diez, gimnasia; diez a once, geometría; once a doce, ciencias naturales; doce a una, juego. Los alumnos y los profesores no tenían que hacer nada en las escuelas ordinarias esos dos días de escuela-huerta. En cambio los que quedaban en aquéllas podían utilizar los espacios que habían dejado libres las clases que se encontraban en la escuela-huerta, con lo cual pudieron aplicar su plan de estudios mucho mejor que antes. Con esta disposición tuvieron maestros y alumnos ventajas evidentes, especialmente los maestros y alumnos trasladados a la escuela-jardín. Cada escuela tuvo en el terreno su campo escolar; cada clase, su espacio propio, y cada niño, su propia parcela de diez metros cuadrados. Además, cada escuela tuvo su huerta comunal. Los maestros disfrutaron también de su huerta propia. La ciudad ofreció gratuitamente a los niños las semillas y plantas necesarias, y aquéllos recogieron para sí la cosecha. Sólo los productos de las parcelas comunales fueron a parar al presupuesto de las escuelas, y para ello se vendieron a muy bajos precios a los niños y maestros. En las parcelas de los alumnos estaban representadas todas las especies de legumbres alemanas. Las parcelas alemanas mostraban, además, patatas, tabaco, plantas textiles, forrajeras, medicinales, árboles frutales, y flores de cultivo. Para que los niños pudieran recibir regularmente cada día las enseñanzas restantes y encontraran protección en tiempo lluvioso, se construyeron en el terreno los necesarios barracones, en los cuales se halla también un cuarto para los directores y otro para los conserjes de la escuela. En el curso del verano construyeron los muchachos diferentes cobertizos, pues también existe en la escuela un taller. Entonces se pudieron adquirir conejos, gallinas, cabras, abejas y un perro. El agua la suministra el canal de Teltow, que confina con la escuela, y las bombas y los pozos construídos por los muchachos. Los juegos y la gimnasia tuvieron lugar en el campo de deportes, próximo, y cuando no urgía el trabajo en la escuela-huerta, las clases visitaban el jardín botánico municipal, también próximo, para ver los invernaderos, las parcelas protegidas, la sección biológica, la escuela forestal, el vivero y el «alpinum».

En la escuela se pueden ver niños de gran ciudad alegres, tostados por el sol, sanos y dominando perfectamente las enseñanzas científico-naturales. Los padres de los niños visitaron, en masa, la huerta por las tardes y las vacaciones Escuela y casa unieron sus esfuerzos para el éxito de la obra, y aunque muchos niñas salieron de viaje en las grandes vacaciones del estío, la cosecha ha sido excelente. Cada niño ha recibido por lo menos una cosecha por valor de 30 marcos, que en un total de 2.000 niños hacen 60.000 marcos. A esto hay que agregar el ingreso de 2.000 marcos por las parcelas comunales. Los gastos hechos de una vez por la ciudad ascienden a unos 50.000 marcos y los gastos corrientes a unos 25.000; es decir: bastante menos que los ingresos corrientes que proporciona la escuela indirectamente a la ciudad.

Con la escuela se ahorran gastos con respecto a la protección infantil, pues no la hay mejor que la ocupación de los niños de gran ciudad en la naturaleza, en escuelas-jardines o escuelas-huertas. Aquí se desarrollan con aire y alimentación abundante; están lejos del influjo perturbador de la calle; llegan a ser hombres prácticos, con sentimientos de solidaridad y seria voluntad para el trabajo, y se desarrolla el amor al campo y a la región. Un muchacho educado así respeta al campesino, ama a los hombres, a los animales y a las plantas, y tiene sensibilidad para lo noble y lo bello. La escuela se ha ganado de tal modo el corazón de los niños, maestros y padres, que ha impulsado a la Municipalidad a crear más escuelas de este tipo. Su influencia se ha extendido fuera de la ciudad, y se anuncia la creación de escuelas en el estilo de la de Neukölln en otros suburbios de Berlín (Wilmersdorf, Weissensee, Lichtemberg, etc.).

(*El Sol*, Madrid).

Las juventudes de Chile y el Perú se entienden

En verdad, que no podrá dejar de causar sorpresa el mensaje de saludo que los universitarios chilenos han enviado a sus compañeros peruanos [1]. Esta hidalga y caballeresca actitud ha sido favorablemente comentada en todos los círculos intelectuales de la capital.

El noble documento de los estudiantes de Chile, pletórico de paz y unión, basados ambos en la Justicia, es un nuevo triunfo de las doctrinas internacionales que están empezando a predominar en el Continente. La juventud chilena en un hermoso rasgo de valor moral, destruye viejos prejuicios y sobre egoístas intereses hace imperar el más grande y noble de los

(1) Véase en el Repertorio Nº 5, del tomo III.

ideales: de la Justicia y el Derecho, y tiende a la del Perú, su mano amiga para reparar errores y borrar absurdas enemistades.

Desgraciadamente la juventud peruana está transitoriamente dividida y la nota llegó primeramente en conocimiento del Comité de Reformas, y su Presidente, sin acertar a comprender la altitud de miras a la elevación de conceptos de ese importantísimo mensaje, lo contesta con un extravío lamentable; condena una hidalguía con tan grosera tosquedad que ha dejado fríos a todos. La nota contestatoria del Comité de Reforma ha producido, pues, la más triste impresión y la más enérgica protesta de parte de la juventud estudiosa, porque ha vulnerado sus prestigios y defraudado sus aspiraciones.

Felizmente la Federación de los Estudiantes se ha apresurado a ratificar el error enviando otra nota respuesta a su similar de Chile, expresándole la intensa simpatía con que ha sido acogida la gentil salutación de sus compañeros del sur; en seguida invoca los mismos ideales de derecho y justicia, de unión y armonía continental, para que se reparen los extravíos de ayer y la juventud chilena emprenda seria campaña en su país por la solución del viejo problema de acuerdo con los principios de justicia, «única forma de estabilizar la armonía entre ambos». Este gran paso que hacia un fraternal acercamiento han ideado las juventudes de Chile y el Perú, ha de ser de gran trascendencia para la vida internacional de los pueblos americanos y crea una nueva faz en el litigio Perú-Boliviano-Chileno.

Si los chilenos saben mantener su gallardo gesto, puede resolverse el Problema del Pacífico del modo más sereno y satisfactorio. El Perú, como siempre, está llano a entrar en mediaciones sometiéndose al arbitraje, que es la doctrina que en todo momento ha preconizado.

Ojalá sea así para la tranquilidad del Continente.

(Del Corresponsal de *Excelsior*, México, D. F., en Lima).

PODRIDA JUVENTUD

Por ARMANDO LEYVA

Esperanza de todo país en su juventud. Cuando se mira a las miserias presentes, cuando se atalayan los días por venir y hay que poner una chispa de optimismo en los lejanos horizontes, en cada corazón hay una misma fruta de ilusión, en cada boca una palabra sagrada que simboliza toda la fe de una nación: ¡la juventud!

La juventud nunca tiene pactos con el pasado; la juventud posee las aguas claras del Leteo para lavar culpas de ayer y de ellas emerge siempre, limpia, nueva, robusta, con un credo salvador para el apostolado, con un gesto viril para la pelea, con una inquebrantable seguridad del éxito.

Tierra que posee tal juventud jamás ha de perecer; tierra que si mira hacia adelante puede sonreir satisfecha, no titubeará jamás en sus pasos por la senda dura.

La tierra nuestra, el suelo cubano que tuvo lontanamente la gloria de oir la palabra estupenda del más joven y más gallardo de los apóstoles apolíneos, ¿puede confiar en su juventud?

Si miramos hacia el silencio, hacia la soledad de los estudios, hacia las rutas horras de muchedumbres, por donde se alargan unas siluetas que evocan las del miraje griego, es posible que gocemos aún de un resto de fe. Si miramos, en cambio, hacia la palestra del vivir diario, donde todos bullen, se agitan, pelean y se muestran al público análisis, hemos de contraer el gesto, arrugar el ceño y sentir en lo hondo la tristeza del fracaso.

Hombres de estudio, hombres de soledad y especulación ideológica, tesoro son de la más humilde y esclava tierra; pero no es eso, no es eso lo que importa a la vida de cualquier nacionalidad. Son las masas que no se catalogan por estudiosas, por profesionales, por dadas al interés de salvar la tierra madre; son, en cambio, las filas nutridas de los hombres que no presentan a la vista del observador otro título que el *de jóvenes de una tierra joven*, lo que nos interesa estudiar o simplemente comentar en esta crónica.

¿Y qué puede esperar Cuba de esa juventud suya, vista así, en general, sin distinguirla por la muceta del doctorado ni la capa de gro de la licenciatura?

Sea duro, amargo y hasta peligroso decirlo: ¡nada!

Véase como procede y se desenvuelve nuestra juventud en un radio simple, fácil, pudiéramos decir pueril, de la vida: parecerá cosa de poetas, de románticos, de soñadores trasnocheados y, en realidad, no es sino observación de sociólogo superficial nuestra observación; juventud que no sabe mantener la gallarda y vieja cortesanía de sus mayores respecto a la mujer, al niño y al anciano, no es juventud que prometa frutos para mañana.

Y a diario, en calles, tranvías, teatros y paseos, vemos como se ruboriza hasta el aire con las expresiones de estos hombres que creen de una hombría extraordinaria producirse al alcance de unos oidos castos, como «guayabitos» de cartel.

No hablamos por capricho, ni como vulgarmente se dice, por boca de ganso. Hace pocas noches, estábamos en el teatro acompañando a unas señoras que visitaban a Santiago de Cuba por primera vez. Junto al palco que ocupábamos, un grupo de jóvenes gentilmente estuchados en el clásico y elegante dril blanco número cien, se preparaba a gozar de la película que había sido sonoramente anunciada desde una semana antes. Entre ellos, uno, probablemente, llamó la atención por su simpática prestancia a la joven que nos acompañaba; sus gestos de elegante aburrido, sus *poses* de príncipe en el destierro, su palidez mate que tanto place a las cándidas niñas lectoras de la Invernizzio, subyugó a la espiritual chiquilla. Y, con un pretexto banal, fuimos preguntados por ella quiénes eran aquellos jóvenes. Nos complació la información que estábamos en condiciones de darle. «Son, —dijimos— muchachos «bien» de Santiago. Aquel, es el Dr. Fulano; el

otro lleva un nombre prócer en la región; el de más allá ocupa tal cargo; y el que a usted más le ha impresionado, empieza a mover la pluma con tanta gentileza como mueve, según usted puede ver, su caña de India entre los dedos pálidos».

Empezó el desenvolvimiento de la cinta. En la penumbra me era posible, y en ello me complacía, observar el interés con que la niña curiosa deslumbraba las sombras de la sala con las miradas inquisitivas de sus ojos turbadores como tormentas del trópico. Y entonces, con motivo de un beso estupendo de la Priscilla Dean, y el abrazo congestionante del actor que la acompañaba en la ficción, del palco vecino, del grupo del que momentos antes hicimos este elogio, oímos—como oyeron nuestros acompañantes a pesar del ruído que tratábamos de hacer poniendo en «dó mayor» nuestra voz falsamente ruiseña,—comentarios de este sabor:

—¡Chupa, esponjita!

—¡Métele, guayabo!

—¡Aprovecha, buche!

—¡Rascabucha, rascabuche...!

Nos dió vergüenza. Y nos avergonzamos. No era aquel un comentario más o menos espontáneo e inevitable como consecuencia de una charla de hombres solos, no; fué la premeditada salida de tono de unos niños góticos de los mil y uno que creen que estas «machanguerías» son gratas a la mujer, porque lo corriente entre ellos es frecuentar el trato de mujerzuelas de mala vida y peor meollo que aceptan como signo de hombría este lenguaje más que todo imbécil y delator de un bajo nivel espiritual. Estos son los mismos que si van en un tranvía congestionado, simulan que duermen cuando entra una señora con un niño de la diestra para evitarse el «sacrificio» de cederles el asiento; estos son los mismos que se apostan en las cuatro esquinas de la calle más frecuentada para espetarle a la primer mujer que pasa un vocabulario soez de *piropos* que enrojecerían de vergüenza a un guardia civil; estos son los mismos que ante los problemas de la nación, se encogen de hombros, echando a barato el interés de la patria porque, para ellos, no hay más diferenciación entre los hombres de Cuba que los que poseen *botellas* y los que aspiran a poseerlas; estos son los mismos para quienes cualquier manifestación intelectual no pasa de ser más que un vano deseo de exhibicionismo de quienes cultivan las letras y las artes; estos son los mismos para quienes no hay más motivo de estimar la vida que por los momentos propicios a la cumbancha que ella ofrece... Estos son los que integran las más nutridas filas de nuestra juventud de hoy. La mesa de juego, la alcoba del prostíbulo, el cultivo de la droga heroica: he ahí la suprema aspiración de esta mocedad que anubarra el horizonte de nuestra patria...

Retoños degenerados de una raza fuerte, dijérase que nada tiene que ver esta juventud con aquella que salía de los gimnasios y de las aulas universitarias para empuñar el rifle libertario o escalar la tribuna donde se predicaba el derecho de liberación de nuestra tierra esclava.

Y son ellos los que, privando por la fuerza del número y hasta la sonoridad de los apellidos, decretan la inutilidad de cultivar las artes y las letras en nuestra tierra como cosas privativas de afeminados y de tontos.

Así es como, producto de esta generación degenerada, vemos que el ambiente se hace áfono a las demostraciones culturales de nuestros hombres orientados hacia otras tendencias. Y así es como, día a día, observamos la deserción de los más caracterizados artistas y poetas cubanos de las filas del ensueño. Y así es como vemos que poetas de tanta alcurnia como un Agustín Acosta, rompen la lira o la sepultan entre los legajos de una oficina pública, para después, cuando en una hora de emoción invencible, la nativa inclinación les hace volver al canto olvidado, expresarse como recientemente lo ha hecho en estos versos el poeta de Matanzas—inolvidable en Santiago de Cuba—que actualmente se apolilla en la penumbra de un bufete campesino de Sagua la Grande!

«Todo ha quedado atrás: el río, la arboleda,
aquellos pájaros tan lindos
que el corazón quería apresar en su jaula
para escuchar sus trinos.
Observo que a menudo siento y pienso,
y que, sin darme cuenta, tuerzo el recto
[camino...
Tendría gracia que tornara a ser poeta...!
Qué desatino!»

(*Diario de Cuba*, Santiago de Cuba).

La fuerza bruta como valor literario

Por JULIO CAMBA

En un reciente número de «La Voz», Nilo Fabra nos cuenta su entrevista con un mozo de cuerda, chiquitín y delgado, a quien le preguntó cómo podía ejercer sus rudas tareas siendo un hombre tan endeble.

—¡Qué quiere usted!—le contestó el cargador.—Lo que no hace la fuerza, lo consiguen los nervios.

Cuando Fabra se decida a hacer una información sobre los literatos, tropezará con algunos que le sugerirán la pregunta contraria:

—¿Cómo, siendo un hombre tan bruto, puede consagrarse usted a labores de un orden puramente espiritual?

Y si el interpelado es sincero, le dirá:

—¡Cosas de la vida! Lo que no consiguen los nervios, lo hace la fuerza...

La fuerza bruta, en efecto, constituye uno de los valores literarios más preciados en España. En otros países, cuando un joven tiene capacidad para levantar a pulso ochenta kilos, se dedica al «foot» o al «base-ball», a la natación, al pugilismo y, en último término, a transportar baúles. Aquí se dedica a la literatura y, de momento, a nadie le preocupa la suplantación. Si los periódicos vienen demasiado aburridos, se les emplea en hacer envoltorios; si los libros se caen de las manos, se los deja caer... Hasta que un día el buen lector, necesitando que le suban sus maletas a un quinto piso, se encuentra con que el mozo de cuerda flaquea, y entonces es cuando comienza a sufrir los resultados de su indiferencia en cuestiones literarias.

Indudablemente, la literatura no es una cosa esencial en la vida, y a falta de escritores buenos nos las arreglaríamos con escritores malos o medianos; pero lo grave es que mientras no tengamos una buena producción literaria no tendremos tampoco un buen servicio en las estaciones de ferrocarril, y si yo protesto contra el empleo de la fuerza bruta en literatura, no es tanto por la literatura como por la fuerza bruta.

A la larga, y como la literatura no está aún lo suficientemente bien retribuída entre nosotros, el hércules que se dedica a hacer dramas, novelas o artículos comienza a debilitarse y deja de ser un hércules sin haber logrado nunca ser un verdadero escritor. La raza se va así depauperando inútilmente. Vamos perdiendo fortaleza física sin sustituirla con ninguna clase de energía intelectual o moral.

Y es que todo se relaciona y que nadie debe aplaudir una comedia estúpida, auque las comedias estúpidas le gusten mucho, porque las comedias estúpidas suponen las casas malas, los tranvías que no andan y los coches destartalados, arrastrados por caballos espiritualísimos.

(*El Sol*. Madrid).



7) La vida de las plantas

Por JUAN J. CARAZO

La poda

La concepción real de la poda es, según nuestra teoría, diferente en absoluto a lo que hasta hoy ha parecido ser esa práctica agrícola.

Antes necesitamos explicar algunas cosas:

1º—Nuestras investigaciones, si así pueden llamarse, se desarrollan en tres etapas:

a) Observamos algo curioso en la vida de la planta, y eso que nos llamó la atención se convierte en un «punto de observación»; vigilamos repetidamente hasta llegar a tener la certeza de que no hay engaño para nuestras facultades perceptivas.

b) Suponemos, después, la razón que debe existir para que aquel fenómeno se produzca y cuando nos parece que la razón es la que imaginamos, damos la hipótesis.

c) Conocida la causa, la creamos para asegurarnos de que el efecto corresponde al que tratamos de producir.

Cuando así sucede queda ya en pie firme y como una conclusión, lo que antes no era sino una suposición.

2º—Al escribir tratamos de evitar que se nos cuelen términos de los llamados científicos, por dos razones: porque casi no los conocemos y sería pedantería ponerlos, y porque estamos seguros de que puede llegarse a la plena posesión de la verdad desconociendo los términos científicos o técnicos.

Explicado eso, pasamos al punto que nos interesa.

a) En la conservación de la especie, Ob. I, dijimos: «Las malas hierbas crecen robustas y dan su semilla tardíamente cuando ningún peligro existe, pero cuando se les ataca, apresuran el florecimiento para poder, valiéndose de este medio, producir semilla a pesar de todo y no perecer en el futuro».

Cuando escribimos esa observación, la habíamos hecho miles de veces, pero nada nos había sugerido como no fuera la idea de defensa de la planta.

Hay en nuestros campos una hierba llamada «mielcilla» que crece normalmente a una altura de 30 a 50 cm., ramificándose mucho y produciendo gran cantidad de flores.

En presencia del peligro, la planta apresura el florecimiento y algunas veces, con una altura de *2 cm.* florece, pero siendo incapaz de producir muchas flores, se conforma con producir una.

Esto se puede ver en *todas* las plantas.

El peligro, supusimos nosotros, produce una fuerte conmoción en la planta y ésta reacciona inmediatamente.

La poda es exactamente lo mismo que un estimulante para un animal y no hace más que *excitar* al vegetal.

La excitación se traduce, sobre todo, en el rápido florecimiento.

Nos faltaba comprobar la hipótesis y a eso queremos referirnos.

Hay dos casos perfectamente comprobados por nosotros: las rosas y los naranjos.

El caso de las rosas

Cuidamos un rosal de varios centenares de plantas, y algunas de ellas tenían la tendencia a producir grandes ramas, floreciendo tardíamente (Rosas american beauty.)

Un día quisimos probar nuestra hipótesis y buscamos las plantas con más grandes ramas y más robustas, algunas con botón, y cortamos todas las ramas decididamente.

Un mes después había un gran número de ramas y todas con su botón; dos meses después, y teniendo las ramas una altura que varía entre 20 cm. y 50 cm., los botones estaban abriéndose.

Repetida la experiencia, dió, matemáticamente exacto, el mismo resultado.

Ahora hemos hecho la operación con un centenar de plantas, por tercera vez, pero ahora *no suponemos* nada sino que tenemos la más absoluta seguridad de lo que sucederá.

El caso de los naranjos

Había dos árboles llenos de ramas, pero no daban fruta, y un día decidimos hacerles una poda en toda regla.

Fué tanto lo que cortamos, que se nos decía que iban a morir los pobres árboles, pero sucedió que con la poda y un arreglo en el terreno, la cosecha es buena en cantidad y calidad.

Ahora deseamos dar nuestras reglas para la poda que *tiene como fin la producción de frutos* (desde luego flores).

1ª—Para podar debe buscarse el momento en que se vea claramente manifestado el deseo de la planta de florecer.

A los agricultores pareciera esto un disparate, pero tal vez haciendo una pequeña explicación, lo acepten.

En primer lugar, si aceptamos que la poda conmueve el organismo vegetal, debemos suponer que hay momentos en que esa conmoción es mayor o puede serlo.

Si podamos una planta cuando se encuentra adormecida, la conmoción tiene que ser muchísimo menor que si lo hacemos cuando todas las fuerzas vitales están activas, como sucede al acercarse la florescencia.

2ª—Plantas jóvenes en malas condiciones de vida, débiles, con malas raíces, etc., si se podan, pueden perecer.

Es seguro que si no son capaces del esfuerzo que se les pide, al hacerlo, mueren.

3ª—Plantas viejas no vale la pena podarlas, pues aunque responden, no tienen espíritu para mantener el esfuerzo.

Rejuvenecer plantas por la poda es un procedimiento engañoso.

En un cafetal viejo, manejado por uno de los agricultores más capaces del país, vimos hacer una poda con magníficos resultados, «*pero al segundo año*» hubo que arrancar las plantas y poner nuevas.

4ª—Hay que preparar las plantas para la poda, dándoles antes un cuido especial.

5ª—Después de la poda es necesario observar las plantas y poner en el suelo suficientes fertilizantes (neutralizantes).

6ª—La poda *repetida* mata la planta.

7ª—Para podar siempre buscamos que sea luna llena o un día después.

No sabemos, todavía, el fondo de verdad que haya en esto, pero cuando lo hemos hecho en otros días no obtenemos los resultados apetecidos.

Deseamos hacer dos observaciones:

1ª—Estas reglas son personales y no intentamos destruir las muy respetables rutinas existentes.

2ª—Nos referimos a la poda para obtener flores (dicho queda que frutos), pero la poda del cafeto, por ejemplo, necesita un estudio especial para determinar las reglas.

La poda para dar forma, el pinching, etc., deben estudiarse por aparte.

En nuestro próximo trabajo daremos algunas observaciones con respecto a las malas hierbas y la forma *científica* de destruirlas.

(Envío del Autor.)

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica